

Gabrielle Colette y la novela feminista

Ma. del Carmen García Aguilar

*Lo poco que una mujer puede ver
de sí misma no se lo muestra el
apacible y circular resplandor
de una lámpara encendida todas
las noches encima de la misma mesa
Colette.*

I

Hablar de la novela feminista nos remite, necesariamente, a la polémica sobre la literatura femenina; sin embargo, no está por demás puntualizar a qué me refiero cuando hablo de ella. Los diversos estudios en torno al tema han coincidido en apuntar que se pueden identificar, por lo menos, tres tipos de literatura en este sentido, la escritura de las mujeres, la escritura femenina y la feminista.

La escritura de las mujeres es aquella que se escribe desde un cuerpo de mujer, al margen de la identidad, del género, la ideología o la conciencia, y que por lo mismo no muestra ninguna característica particularizada que la identifique, más allá desde luego, de saber que ha sido escrita por una mujer. Esto hace que exista una diversidad incluida en este tipo de escritura y que por lo mismo pueda semejarse o no a la literatura androcéntrica.

Otra forma de escritura es la llamada “femenina” o de “la mujer”; este tipo de escritura sí presenta rasgos de identificación, aspectos que han sido ampliamente analizados y han servido para identificarla. La crítica, básicamente la feminista, la ha utilizado para resignificar algunos parámetros de valuación por los que había sido desvalorizada, es decir, los parámetros encontrados para hablar de este tipo de literatura coincidían en la consideración de que las mujeres en general escriben desde el corazón y no desde el cerebro, y que por lo mismo su literatura corresponde a las asignaciones asumidas tradicionalmente, es decir, la literatura femenina es casera, intimista, sentimental, cursi o hasta *light* y por lo tanto con menos valor literario; por ello ahora, había que insistir en romper con los criterios establecidos y revalorar los calificativos empleados, utilizando los criterios como “sentimental” o “casera” como elementos que presentan una visión diferente de la realidad, es decir, la crítica en positivo; sin embargo, el problema es que en ocasiones, desde esta identificación, se ha querido involucrar a toda la literatura de las mujeres. Pero de este tipo de crítica, sus alcances y limitaciones, no nos ocuparemos en este momento.

Por lo que se refiere a la escritura feminista, ésta tiene una clara marca ideológica, se escribe desde una convicción, desde una postura que abarca la denuncia hasta la propuesta, no es sexista, ni androcéntrica y no reproduce estereotipos femeninos o masculinos, se escribe,

pues, desde la conciencia. Cabe aclarar que algunas mujeres niegan que su literatura sea feminista; sin embargo, su actitud, y por ende su obra, así se manifiesta, esto puede deberse a que el propio feminismo ha sido tan desvirtuado, desvalorizado y estereotipado, que a veces se prefiere negarlo.

Afortunadamente no siempre es así, y esto nos hace posible hablar de la literatura feminista como una opción, ya que está escrita desde una identidad femenina y por ello existen elementos en común.

La literatura feminista rompe con el *status quo* y crea universos que corresponden a sus propios valores; el resultado es un canon nuevo en la literatura, una imagen de la realidad captada con ojos de mujer y plasmada con discursos de mujer, es su propia voz y su propia imagen las cuales deben ser juzgadas por sus propios méritos.

En ella encontramos componentes que antes eran prohibidos: la sexualidad de la mujer, la denuncia de la opresión patriarcal, la búsqueda de la identidad. Es una literatura comprometida y testimonial; en este sentido podemos decir que la novela latinoamericana contemporánea de algunas mujeres va por esa línea; sin embargo y cumpliendo con otro de los propósitos del feminismo, el de rescatar la producción de las mujeres y hacerla visible, es necesario rastrear aquellas obras escritas tiempo atrás por mujeres inscritas en esta vertiente. Es así que deseo rescatar la figura de una mujer que vivió la transición del siglo antepasado y cuya vida bien pudo ser la de una mujer del paso del siglo XX al XXI.

Colette (como suele conocerse) fue una escritora francesa que se empeñó en poner a la luz, a través de la literatura, las problemáticas más comunes que puede enfrentar una mujer educada tradicionalmente y que logra, primero a través del arte y después personalmente, traspasar los límites de esa tradición en busca de su propia autonomía y realización, situación que no fue entendida ni por la sociedad ni por la crítica de su tiempo.

Presentar la obra de Colette tiene un doble significado: por una parte mostrar la obra de una autora cuya producción la encaminó a hacer patente situaciones comunes de mujeres comunes en su literatura, por lo que se creía que éstos no podían ser temas interesantes, y por la otra tratar de encontrar ciertos parámetros de identificación en la identidad de mujeres que, como ella, vivieron etapas de amores y desencuentros pero que lograron trascenderlos y superarlos. De esta forma traté de vincular no sólo la reconsideración de una autora feminista, sino también hacer patente que la literatura de las mujeres, con protagonistas femeninas y con situaciones que involucran específicamente a las mujeres, puede ser también buena literatura.

Una de las críticas más fuertes que siempre ha recibido la literatura femenina, y por ende la feminista, es en el sentido de que, generalmente, está escrita desde la propia vida de las autoras y por ello refleja una serie de vivencias, emociones y sensaciones, donde en ocasiones y por este afán, se sacrifican los parámetros literarios por los de valoración personal y moral, algo poco común en la época de Colette y muy frecuente en nuestros días. Sin embargo, lo importante de presentar una jerarquía de valores, en lo que a las mujeres se refiere, es que este sistema

de valores no sea la vanguardia de las estructuras socioculturales que sujetan a las mujeres en esquemas tradicionales con signos morales que la desvirtúan, aunque bellamente representados por sus protagonistas; si la novela tiene la posibilidad de conformar normas, describir formas ejemplares de conducta o bien transmitir apreciaciones donde lo verdadero y lo válido se representan generalmente por medio de los personajes que intervienen en las tramas, ésta nos debe permitir la apertura a una nueva visión del quehacer de las mujeres dentro de su propia estructura social, ofreciendo incluso un nuevo sistema de valores a través de sus personajes adaptados para ello y premiados.

Y esto es lo que también ofrece la obra de Colette: el intento de mostrar el papel de una mujer que rompió con el esquema tradicional de las heroínas de la novela, dejando a la luz la vida de una mujer “simple” dentro de una realidad cotidiana, pero no por ello poco valiosa.

Sidone Gabrielle Colette, nace en Saint-Sauver el 28 de enero de 1873, muere en París en 1954; fue integrante de la Real Academia de Bélgica (1935) e integrante de la Academia Goncourt (1945). Fue hija de Adèle Sidone (1835), que se caracterizaba por ser una asidua lectora de obras literarias, y del capitán Jules Colette (1829), hijo de un oficial de la Marina que acabó siendo maestro de la escuela de Saint-Sauver. El capitán Colette se veía así mismo como un escritor, pero lo más que llegó a escribir fue un par de poemas. Colette declaró siempre que su madre le enseñó a leer antes de cumplir los tres años, y empezó con las lecturas preferidas de ella, Eugène Labiche, Alphonse Daudet, Prosper Marimée y Victor Hugo; desde los siete años su autor preferido fue Balzac, a tal grado que hay quienes han encontrado ciertos personajes de *La comedia humana* deambulando por las obras de Colette. Tiempo después, entre las pertenencias de la familia Colette, se encontrarán libros bellamente empastados en piel de las obras de Voltaire, Goethe, Schiller y Musset.

Muy joven, ya viviendo en París, se casa con Henry Gauthier-Villars, a quien en los medios artísticos y literarios se le conocía como Willy. Willy se describía así mismo como “Lacio de cabello rubio, cara de bebé, un tanto presumido, los gruesos labios de una persona sensual, miope y un aspecto todavía juvenil”, pero Colette en *Mis aprendizajes*, a través de Claudine; acaba diciendo, “Más que enorme, el señor Willy era abultado”, tenía “un cráneo poderoso, ojos saltones, nariz aplastada sin hueso, papada; todo redondeado”.¹ La mancuerna Colette-Willy, se ve reflejada también en la producción literaria de Colette, ya que muchas de sus obras fueron firmadas como Colette y Willy o Willy y Colette Willy. Tiempo después de separados, Colette dirá que las aportaciones de Willy a sus obras no pasaron de algunos chistes y cuando tuvo oportunidad los suprimió.

De entre las múltiples obras de Sidonie Gabrielle Colette, destacan: *Claudine en la escuela* (1900), *Claudine en París* (1901), *Claudine y el matrimonio* (1902), *El retiro sentimental* (1907), *Los zarcillos de la vid* (1908), *La ingenua libertina* (1909), *La vagabunda* (1911), *El reverso del music-hall* (1913), *El obstáculo* (1913), *La paz entre los animales* (1916), *Las horas largas* (1917), *Entre la multitud* (1918), *Chéri* (1920), *La casa de Claudine* (1922), *El viaje egoísta* (1922), *La mujer oculta* (1924), *Aventuras cotidianas* (1924), *Al rayar*

el día (1928), *La segunda* (1929), *Prisiones y paraísos* (1932), *La gata* (1933), *Los prismáticos negros* (1943), *Mis cuadernos* (1935), *Mis aprendizajes* (1936), *El palomar* (1939), *Cuarto de hotel* (1940), *Diario al revés* (1941), *Desde mi ventana* (1942), *Flora y Pomona* (1943), *Gigi* (1944), *Tres... seis... nueve...* (1944), *La estrella vespertina* (1946), *Rasgo por rasgo*, *Diario intermitente*, *El fanal azul* y *En tierra conocida*, escritas en 1949.

Algunas de estas obras serán nuestro marco de referencia, pues muchas de ellas presentan una secuencia y un paralelismo entre la vida de sus protagonistas y la vida de la autora. Situación que generalmente se presenta, ya que al escribirse en primera persona y desde las experiencias se hace una asociación autora-protagonista que se empeña en hacerla aparecer como real.

El primer gran personaje creado por Colette es *Claudine*, una chica impetuosa, rebelde pero muy inteligente; este joven personaje representa el arquetipo de la colegiala despreocupada, descarada pero tan lista que logra aprobar siempre sus asignaturas pese a no ser una “buena” estudiante. El personaje lo utiliza Colette para describir la primera etapa de su formación familiar y escolar en la provincia parisina donde nació: Saint-Sauveur-en-Puisaye. Algunos de sus biógrafos consideran que Claudine es Colette, pero otros consideran que más bien es la chica que ella hubiese querido ser. No importando si es así o no, lo cierto es que Claudine acompaña a Colette a lo largo de su vida y su literatura. Claudine se convertirá en una joven impetuosa que bien podría considerarse una mujer de nuestra época, autosuficiente y básicamente sin prejuicios morales o sociales, lo que la llevó a vivir una sexualidad bastante abierta y sin cortapisas en sus preferencias sexuales, aunque manejada con un principio de perversión inducida por un hombre.

Es común también encontrar en las obras de Colette la asociación entre los pasajes de su vida y sus obras, en el teatro como actriz y en la dramaturgia como autora, en la vida cotidiana como esposa y en la novela como protagonista.

Otro de sus personajes importantes que, al igual que Claudine, aparece en varias novelas es *Madame René Néré*, de la cual, para nuestros fines, haremos referencia. René Néré representa a una mujer educada tradicionalmente, casada muy joven con un hombre mayor que, lejos de cuidarla y protegerla, la tiene a su lado como una presea, como una más de sus conquistas; la humillación constante, el desamor con que es tratada y la violencia cotidiana la obligan a separarse de él. La separación le permitirá entrar a una etapa de autorreflexión muy profunda, de un severo análisis de sí misma, reflexiones que acompañarán a la autora y a la protagonista a lo largo de toda su obra.

Nos encontramos, pues, ante una mujer de 35 años, divorciada y terriblemente temerosa. René se había casado con un pintor, Adolphe Taillédy, depositando en él todos esos ideales tradicionalmente asumidos como la forma de realización de las mujeres en el matrimonio: contar con la protección, la seguridad económica y emocional del esposo; la constitución de una familia a través de la prole, el respeto de un grupo social determinado y la satisfacción de ser la “Señora de”; además, desde luego, de cumplir el habitual papel de mujer casada traducido en el cui-

dado del "otro", lo mismo haciendo la comida, que lavando y planchando la ropa o haciendo aseo de la casa. Sin embargo la situación de René fue otra, pues la humillación fue una constante en su relación, el esposo es representado como un hombre que por ser o creer ser importante la agrede psicológica y físicamente, la hiere y trata de dominarla obligándola incluso a servir de anfitriona a sus "modelos", que al mismo tiempo convertía en amantes, situación que termina por cansarla; finalmente decide no continuar en esas condiciones, y logra divorciarse, rechazando así todo lo que esa vida representaba.

Su primer reto: enfrentar su soledad, soledad que ella misma ha elegido y para quien, escribe Colette, "hay días en que la soledad... es un vino embriagador que emborracha de libertad, otros en que es un tónico amargo... no poder decir si el estremecimiento que se apodera de mí, al deslizarme entre las sábanas frías será de miedo o satisfacción".²

La soledad es otro de los temas recurrentes en la escritura femenina, ¿destino para quien se atreve?

Lo que presenta este cuadro es una realidad constante, pues pareciera que una de las causas más comunes que motivan a las mujeres para lograr una superación intelectual, personal, se da sólo en la vivencia de situaciones semejantes a las descritas, de circunstancias trazadas por las costumbres y estructuras convencionales y en las cuales muchas mujeres quedan atrapadas. Así Colette, vía René Néré, reflexiona: "Sólo por el dolor es capaz una mujer de ir más allá de su mediocridad. Su resistencia es infinita, se puede usar y abusar de ella sin temer que muera, con tal de que alguna pueril cobardía física o alguna esperanza religiosa la aparte del suicidio simplificador".³

El segundo elemento de confrontación se da cuando la protagonista, ahora una mujer segura de sí, autónoma y con solvencia económica, por lo tanto con una forma de vida diferente a la anterior, tropieza con el que ella considerará más tarde "el amor de su vida", Maxime, un hombre "moralmente tradicional e intachable", se le presenta como una segunda oportunidad al ofrecerle matrimonio. Ella sabe las garantías que ofrece un sujeto así: primeramente una "estabilidad emocional" pero que a ella le empieza a parecer acartonada, la disyuntiva resulta obvia: o la continuación de su lograda libertad o volver a la rutina conyugal; veamos lo que para ella significa ahora volverse a casar: "estar casada es ¿cómo explicarlo?, temblar porque la chuleta del marido esté demasiado cocida, el cuello demasiado blando, el baño demasiado caliente; es asumir el agotador papel de intermediario-colchón entre el mal humor del señor, la avaricia del señor, su gula, su pereza..."⁴

Esta "domesticidad dolorosa, humillante", refleja la vida conyugal de muchas mujeres, desde luego en sus ámbitos más generales, haciendo de las situaciones cotidianas un fundamento de la realidad que por medio de la novela, en este caso, nos permite la objetivación y la comprensión del mundo a partir de circunstancias más simples.

La elección de nuestra protagonista, por demás meditada, es continuar con su trabajo artístico e intelectual, asumiendo su soledad que la lleva a un periodo de apacible serenidad y por lo mismo poco descrito.

En el siguiente cuadro encontramos un proceso un tanto inverso, la

reflexión de la autora se desarrolla, ahora, a partir del encuentro con aquel “gran amor” descubierto y rechazado, quien es acompañado por una esposa “tradicionalmente” ataviada y un pequeño, su hijo, “igualmente ataviado”, escena que hace pensar en lo que pudo ser su vida con aquel hombre, y no puede evitar cierto dejo de melancolía. Podría ahora ser ella la Señora que acompaña a ese hombre y la madre de ese pequeño, pero ¿cuál hubiese sido su costo?, por lo menos el pensar en ello la lleva a considerar que no se había equivocado, esa vida tan “bien hecha” no la quería, ya no la hubiese soportado.

Así que su vida transcurrirá entre nuevos personajes. entre los cuales destaca Jean, un hombre que se “deja oír poco”, quien siempre se encuentra “pronto a amenazar o a sonreír”. Jean empieza a compartir la vida de la protagonista a través de su propia vida como consecuencia de una situación común: habitar casualmente un hotel determinado, realizar una serie de viajes y recepciones comunes también, lo que les permite conocerse sin el compromiso habitual de la galantería; la convivencia frecuente y la comunicación establecida entre ellos va a culminar con la unión de la pareja, unión sin convencionalismos morales o sociales, unidos por la simple convicción de querer compartir ambos su vida independientemente y que como tal no ha de ser cosa sencilla.

Encontramos en René, por un momento, la incertidumbre y la duda, consecuencia de la inseguridad moral y social que ofrecen estas circunstancias, sin embargo, ya no es capaz de doblegarse y busca llegar a la aceptación de sí misma y de su compañero sin reclamo, sólo el impulso cálido de reconocerse como una mujer, como pareja, en la sinceridad de una entrega y por la que ella apunta: “me gustaría mucho que me dejaran lo que tengo que me es tan nuevo, tan ligero, que me pone el alma tranquila y la tez sonrosada. Ya sabemos lo que son los grandes transportes, los grandes dolores; nuestra época de mujer joven imperfecta conocíamos eso como todo el mundo... Ahora quisiera tener a todo el mundo.”⁵

Colette pone a la vista en estas narraciones tres formas de vida distintas, por una parte ofrece la posibilidad de encontrar modos estructurales diversos que logran la ruptura de esquemas tradicionales, recompensando ampliamente a sus personajes. Por otra, ofrece la descripción normativa de una vida por demás convencional y en la que aporta una lucha por rescatar a la mujer en ella, invitándola al mismo tiempo a autoevaluarse. Y finalmente la mujer plena, autónoma y libre, con la que se identificaría plenamente una mujer de fin de milenio.

Así estas tres formas descritas en la sencillez de sus novelas, Colette muestra la gran fuerza de algunas mujeres para soportar sus circunstancias, superarlas y saber vivirlas, y nos dice ... “tengan la seguridad de que una larga paciencia, unos dolores celosamente escondidos formaron, afirmaron, endurecieron a esa mujer de la todo el mundo dice ¡es de acero! Es mujer, sencillamente, y eso basta”.⁶

¹ Lottman, Herbert: s. España, Cirque, 1992. p. 28.

² Colette, Gabriele: *La vagabunda*, España: Argos Vergara, 1982. p. 15.

³ *Ibidem*, p. 29.

⁴ *Ibidem*, p. 116.

⁵ Colette, Gabriele: *El obstáculo*, España: Argos Vergara, 1982. p. 127.

⁶ Colette, Gabriele: *La vagabunda*, España: Argos Vergara, 1982. p. 29.

B I B L I O G R A F Í A

1992. Lottman, Herbet: *Colette*. España: CIRSE.

1982. Colette, S. G.: *La vagabunda*. España: Argos Vergara
El obstáculo. España: Argos Vergara



